

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO XIII. — NÚM. 648

Madrid, 30 de Junio de 1932

PRECIO: 15 CÉNTS.

EL CIEGO DE JERICÓ

Lucas, XVIII, 35-43.

AÑO de oposición. El de popularidad había pasado ya. Jesús recibe el desengaño de las gentes de Galilea. Por espacio de unos doce meses había estado entre ellos, haciendo bien a raudales. Multitudes de enfermos, sanados. Ciegos, con vista. Sordos, que oían. Leprosos, curados. Paralíticos que habían recobrado los movimientos. Muertos resucitados. Evangelio proclamado. Hay un momento en el que pareció que todos los de Galilea iban a seguir a su Rabí. Pero no fué así, desgraciadamente. Pronto han olvidado a su bienhechor. Jesús ya no era aclamado como antes. Había dejado de ser la figura popular. Los mismos que se apasionaron por Cristo, ahora son, si no enemigos, indiferentes. Se oponen a su ministerio. No saben lo que hacen despreciando a Aquél de quien tanto bien habían recibido.

Sin embargo, Jesús no desaparece todavía de Galilea. Continúa, durante seis meses más, su trabajo enfrente de la franca oposición del pueblo galileo. Procuraba conquistar a esa gente desagradecida; pero fué inútil, no le comprendieron, no le apreciaron, le desearon. Y Jesús se fué. Abandonó Galilea para siempre. Ellos perdieron. Perdieron la vida y el bien. ¡Cuántas veces llorarían su yerro! Pero ya era tarde. El Maestro, camino de Jerusalem, como siempre, cumplía su augusta misión. Otros aceptarían el bien y la vida, que los galileos no supieron apreciar. Y, en efecto, así fué.

Camino de Jerusalem, Jesús se retira de las gentes, con sus discípulos, para instruirlos. Tenían que prepararse para la lucha. No siempre tendrían a su Señor entre ellos. Después del reposo e instrucción, vuelven al trabajo. Un joven, que los esperaba, pronto los abandona, por no querer aceptar el consejo del Maestro. ¡Pobre joven, en cuyo corazón se había entronizado el amor al dinero, raíz de todos los males! Mas lo que él rechaza otro lo acepta. Y éste es el hijo de Timeo, ciego de nacimiento, que, sentado junto al camino que conduce a Jericó, mendigaba para su sostén.

Acercándose a Jerusalem, Jesucristo pasa por Jericó, a la entrada de cuya ciudad recibe milagrosamente la vista el ciego Bartimeo. Muchas son las enseñanzas

que nos es grato sacar de esta maravillosa cura, y deseáramos citar unas cuantas de ellas.

¿No hay cierta analogía entre el ciego y el pecador? El primero no puede contemplar las bellezas de la Creación; el segundo no puede contemplar las bellezas de Dios por falta de visión espiritual. Nada pudo hacer el ciego para darse la vista; tampoco puede hacer nada el pecador para darse la salvación. Aquél estaba «junto al camino» por el que debía pasar su Salvador; éste podrá estar cerca del Camino, pero mientras no esté en Cristo, estará fuera del mismo Camino de salvación.

Sin embargo, Bartimeo, cuando oyó que Cristo pasaba por allí, procuró verlo; para ello hubo de vencer ciertas dificultades; hasta tuvo que deshacerse de su capa, que le impedía acercarse rápidamente al que debía darle la vista; pero de todo se habría privado con tal de recibir lo que tanto anhelaba tener: la vista. ¿Cuántos no han sido los pecadores que han tenido que luchar lo indecible para quitar el estorbo entre el Salvador y ellos?

Y cuando el hijo de Timeo creía estar ya delante de Cristo, encuentra otro obstáculo: una barrera humana infranqueable le impide ver realizados sus deseos. Los mismos discípulos de Cristo se oponen a que se acerque a su Maestro. Eterna paradoja de la vida cristiana, ¿no es verdad? Parece increíble, mas es la realidad. Los discípulos riñendo a uno que se acercaba a Cristo porque lo necesitaba. ¿A veces, no ocurre lo mismo con los creyentes? Sirven de obstáculo para que otro pecador llegue a ser salvo. No debiera ser, pero, desgraciadamente, existen estos casos. En lugar de estar llenos del amor de Cristo, de celo para la causa del Evangelio y de actividad en el servicio cristiano, se sirve de estorbo en las filas de los soldados de Jesús. ¡Quién diese que en el creyente hubiera siempre el sentir que hubo en Cristo Jesús! Entonces la vida del cristiano sería útil y eficaz en el servicio de Dios. Entretanto no haya tal sentir, no podrá haber jamás tal eficacia y utilidad en el mismo servicio. El cristiano debiera responder a tres llamamientos: la dulce invitación de Dios para la conversión de los incrédulos; el delicioso cántico de los redimidos por la sangre

del Cordero, que participan ya del gozo celestial, para que por Cristo los pecadores lleguen a tan anhelada mansión de gloria; y el grito desgarrador de los condenados al infierno, para que trabaje por que los pecadores no lleguen ni se precipiten a tan desdichado lugar.

Suerte que, a pesar de todo, el Señor oye la voz del que con confianza se dirige a Él. Tal es el caso del ciego Bartimeo. Éste clamaba cada vez con más fuerza: «Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí»; hasta que, imponiéndose en los demás, se hace oír por Cristo, quien, parándose, mandó traerle a sí, y cuando llegara le preguntó: «¿Qué quieres que te haga?» «Señor, que vea», fué la respuesta del necesitado ciego. Entonces, Jesús le dijo: «Ve, tu fe te ha hecho salvo», y en el acto el ciego vió. Se sabe por experiencia personal que el que se acerca a Cristo necesitado de socorro, no sale vacío de la presencia del Salvador. ¡Misericordia infinita del Salvador del mundo permitiendo que se allegue a Él todo pecador sin distinción de raza, idioma o religión! En el cielo no habrá ningún católico, ni ningún protestante, ni tampoco ninguno de otras religiones meramente por profesarlas; pero sí vivirán todos aquéllos cuyos pecados hayan sido borrados por la sangre del Cordero de Dios, pertenezcan a la denominación que quieran.

Una vez que el ciego había recobrado la vista, no se calló, ni tampoco se apartó indiferente de aquél de quien había recibido tantísimo bien. Procuró ir detrás de Jesús dando testimonio de lo que el Señor había obrado en él. ¡Magnífico ejemplo! Un hombre que siente necesidad de dar a conocer a los demás lo que Cristo ha hecho a su persona. Si todos los evangélicos de hoy sintieran esta necesidad, no cabe duda que otros seguirían a nuestro Salvador por lo que Él había obrado en nosotros. Pero, naturalmente, para dar este testimonio pedido, es necesario que, en verdad, la vida de Cristo se haya manifestado en la nuestra. Así como aquel pueblo alabó a Dios por la obra de Cristo en el ciego, nuestro pueblo llegaría a alabar a Dios por lo que Cristo haga en cada uno de nosotros. ¿Qué esperamos? Responsables somos ante Dios y ante el pueblo de nuestra tardanza.

ZACARÍAS CARLES JUST,

Ayuntamiento de Madrid

EL FIN DE LA VIDA

«Ninguno vive para sí».

ROMANOS, XIV, 7.

TODOS los seres racionales e irracionales que pueblan el Universo, con su existencia, están atestiguándonos que tienen un fin que cumplir.

En las especies minerales, vegetales o animales, seres inferiores al hombre, podemos apreciar que su vida se halla sometida a leyes determinadas, que pudiéramos decir se encuentran obligados a cumplir, puesto que a ellas se hallan sujetos, y con arreglo a esas leyes nacen, viven y mueren.

Así, el árbol, que proporciona sombra bienhechora al caminante y sustenta con sus frutos al que de ellos ha menester; el agua cristalina, que brota de un manantial y mitiga la sed del viajero; el mineral extraído de las entrañas de la tierra, que utilizamos para mil diversos fines, y los animales, que algunos a veces nos sirven de alimento y mantienen su especie, indicios son todos, bien claros, de que cumplen el fin para el que han sido creados.

Solamente el hombre, a quien Dios ha dado voluntad propia para discernir entre el bien y el mal, entre los que puede elegir, es el único ser que puede o no cumplir el fin para el que Dios le ha dado la vida.

Porque no cabe la menor duda de que todos los seres humanos hemos venido al mundo para cumplir un fin. Para muchos, este fin de la vida, no tiene importancia alguna; para otros sí.

Son bastantes los que piensan, como en los días del apóstol: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos», y por lo tanto, considerando el fin exclusivo de su vida, la razón de ser de ésta, «vivir para comer» y no «comer para vivir» se entregan a toda clase de vicios y licencias, y llevan una vida de corrupción, de degradación, de miseria, porque no han acertado a comprender el verdadero significado de la vida.

Otros, por el contrario, reconocen de un valor positivo las palabras de la Biblia que encabezan nuestro artículo: «Ninguno vive para sí» y procuran, en su tránsito por la vida, hacer cuanto les es posible y está a su alcance para conseguir el bienestar común, o cuando menos, intentarlo.

Los mismos sistemas políticos y sociales, tales como el fascismo en Italia, el comunismo en Rusia, etc., ¿qué son sino intentos para llevar a la práctica un nuevo concepto del fin de la vida?

Porque no debemos pensar que la implantación de estos sistemas políticos o sociales se debe tan solo al orgullo de unos cuantos hombres o a una ambición personal. Aun cuando pueda haber algo de esto, me parece que siempre se encuentra por encima de todas estas cosas, un ansia de mejoramiento social, de perfección en el camino de la vida.

Si la Humanidad se hubiera dado cuenta de este fin de la vida, y cada hombre pensara que está en el mundo para cumplirla ¿sería posible que existiese tanta desigualdad, tanta injusticia, tan poca caridad? ¿Acaso reconociendo todos este fin de la vida podría darse el caso de que haya personas que vivan en la opulencia, rodeadas de toda clase de comodidades, viviendo una vida de fastuosidad, e insensibles a los gemidos de miles de hermanos suyos que carecen de lo indispensable para atender a las más perentorias necesidades de la vida?

No y mil veces no. Si cada hombre hubiese llegado a comprender que «ninguno vive para sí» no podrían ocurrir tales cosas. Habría menos egoísmo y más desinterés. Menos ambición y mayor espíritu de sacrificio. Teniendo todos un nuevo concepto del fin de la vida nos ayudaríamos mutuamente, en vez de procurar y desear el fracaso o destrucción de nuestro prójimo, a quien, según el mandato de Cristo, debemos amar como a nosotros mismos.

Mas para que la Humanidad reconozca y admita, sienta y practique este nuevo concepto del fin de la vida, es preciso que en cada persona se efectúe una renovación sorprendente: que cambie su corazón, del cual salen los malos pensamientos, envidias, calumnias, etc.

Es necesario que cada cual se sienta obligado a ayudar a su prójimo si éste demanda de él ayuda; es indispensable vivir una vida de desprendimiento, de generosidad, rayana a veces en el sacrificio. En una palabra, es menester vivir una vida de amor.

Y esta vida de amor la ha vivido Cristo cuando estuvo en la tierra, porque no podía saber de un enfermo sin sentir deseo ferviente de sanarle de su dolencia; no podía ver a una persona afligida sin participar de su aflicción y tratar de mitigarla. Consolaba al triste, rescataba al cautivo, curaba a los enfermos, remediaba a los necesitados. Vida que resume la Escritura, diciendo: «Pasó por todas partes haciendo bien».

Esta nueva modalidad del fin de la vida estamos llamados a infiltrar en la Humanidad los que nos llamamos discípulos de Jesús. Y para predicar con el ejemplo, hemos de procurar vivirla.

Veinte siglos llevamos de Cristianismo, y sin embargo, hay una gran mayoría de personas que no han aceptado a Cristo como su Salvador, que no han recibido el mensaje de salud y gracia redentora que el Evangelio les ofrece. Algunos, en verdad, es porque nunca han oído hablar del Evangelio; pero otros, es porque no han visto en los discípulos de Cristo vivir esta nueva vida. Una vida de desprendimiento, de generosidad, de amor; vida que disfrutaremos cuando se haya operado una transformación en nuestros corazones, y vivamos para Cristo, amándole como Él nos ha amado. «Vida en abundancia», vida eterna que da a cuantos si-

guen en sus caminos y le han aceptado como su Salvador, sometiendo su voluntad a la voluntad divina, para que Dios renueve cada día nuestras vidas para su mayor honra y gloria.

RAMÓN TAIBO SIENES.

RESPONSABILIDADES

UNO de los momentos más decisivos que existe en la formación del hombre, es aquel en el cual por primera vez siente una responsabilidad. Cuando el joven empieza a soltarse de los lazos paternos para obrar por su propia cuenta y riesgo, cuando siente que una responsabilidad pesa sobre sus hombros, es cuando más temor tiene de obrar sin la ayuda y consejo que hasta en aquel momento le ha guiado.

El joven desea verse libre de toda tutela, pero ante lo desconocido su espíritu pocos momentos antes gozoso por su libertad, se siente atado y cohibido. Si el resultado de la empresa es lisonjero, se anima, y su carácter fortalecido por la victoria obtenida marcha a construir nuevos planes a fin de conquistar nuevos laureles. Si fracasa, el temor le sobrecoge, la poca fuerza de carácter que tenía ante lo desconocido se debilita, y en vez de ser un joven fuerte, animoso y emprendedor, pronto resulta ser un viejo decrepito y pusilánime, que cual nube errante va hacia el lado donde le empuja el viento.

Es la época de la nueva generación; son los jóvenes quienes tienen que llevar la carga del trabajo, y en realidad ellos están deseosos de sentirse responsables de algo.

Hasta ahora habían sido solamente las mentes experimentadas las que habían dirigido y trabajado arduamente; pero en la actualidad la juventud pide imperiosamente su parte en la lucha y desea lanzarse a la conquista y cargar sobre sí grandes responsabilidades.

Dejad, viejos amigos, que la juventud se lance a la ardua empresa de la extensión del Reino de los cielos, dejad aparte los viejos prejuicios de que los jóvenes inexpertos no pueden lograr el éxito en sus empresas; no matéis los ideales que florecen en los corazones juveniles, prestadles vuestros consejos, pero no coartéis su libertad y decisión, aunque consideréis que los métodos que se proponen seguir no son los mejores; dejadlos, sus iniciativas serán equivocadas a vuestro parecer, pero dejadlos obrar como ellos desean.

Y aún os diremos más. Vuestra experiencia de la vida os pedirá a gritos no dejarles correr al fracaso, pero nuestro consejo es que los dejéis; podrán no triunfar tal vez, pero este fracaso les servirá para aumentar la experiencia de la cual carecen, les servirá para mejorar el temple de sus almas juveniles. ¿Es que vosotros cuando jóvenes tuvisteis éxito siem-

pre? ¿No quisisteis obrar también por vuestra propia cuenta? ¿No fueron las dificultades las que cultivaron vuestro carácter y aumentaron vuestra experiencia? Recordad las palabras del apóstol Pablo en su carta primera dirigida a Timoteo: «Ninguno tenga en poco tu juventud...» El apóstol sabía muy bien la responsabilidad que contraía y que caía sobre el joven Timoteo al hacerse cargo del trabajo pastoral en Éfeso, pero no le quita esta responsabilidad, antes le aconseja para que pueda llevar a cabo con éxito el trabajo que le ha sido encomendado.

Ha llegado la época de la juventud. Cristo era joven cuando realizó su Obra y el «Consumado es» salió de labios juveniles; jóvenes eran también sus discípulos, y sus más grandes milagros fueron realizados en gente joven. El Rabí nazareno empleaba métodos originales para la propagación de su nueva doctrina, y sus métodos y enseñanzas venían a revolucionar al mundo antes conocido. El «mas yo os digo» sublevaba el ruín espíritu de aquellos escribas y fariseos, sacerdotes y levitas, seguidores de arcaicos métodos y de antiguas leyes; se oponían resueltamente a Aquél que venía a reformar y a regenerar a la Humanidad implantando el amor allí donde había odio, la libertad donde había esclavitud y la nueva vida allí donde había solamente pasividad y muerte. Hay que emplear nuevos planes; es preciso renovarse, pues, de lo contrario, la muerte viene implacablemente.

Nunca como ahora el Parlamento español se había visto tan pletórico de juventud, pero también nunca como ahora se habían promulgado leyes tan liberales y tan amplias. Esta es la ocasión en que las leyes nos favorecen más para la extensión de las Buenas Nuevas en nuestra patria, y es del todo preciso dejar obrar a la juventud, es del todo preciso que cargue ella con su parte de responsabilidad en el trabajo de evangelización.

Encomendad el trabajo a los jóvenes, dadles todos los consejos que vuestra larga experiencia os ha proporcionado y de ellos será la culpa si no consiguen que la Palabra de Dios sea conocida hasta el último rincón de España.

Y ahora, jóvenes amigos, aprestaos a cargar sobre vosotros responsabilidades grandes. Tenéis ideales nobles, tenéis deseos inmensos de lanzaros a la lucha y es que habéis comprendido ya que el Cristianismo es una religión en la cual estar parados es retroceder; el mal progresa y es preciso luchar contra él. La experiencia religiosa sólo se consigue con un contacto íntimo y continuo con Dios, y si en la vida espiritual no progresamos, es que retrocedemos.

Una de las grandes responsabilidades que pesan sobre nosotros es la de que no haya nadie que no conozca la doctrina del Hombre entre los hombres, de que no haya nadie que ignore el grande amor y el grande sacrificio del Mártir del Gólgota.

No solamente debemos procurar luchar para el progreso de nuestra vida espiritual, sino que con nuestra experiencia religiosa debemos procurar el progreso espiritual de los que nos rodean.

Se nos ocurrirán empresas descabelladas, métodos imposibles de realizar, pero, no obstante, debemos procurar que sean realizables, por medio de nuestro raciocinio sereno y de la experiencia ajena; no desdeñemos la vieja experiencia, pensemos que los que son mayores desean para nosotros lo mejor, y que muchas veces, por desearlo tanto, tratarán de impedir nuestro trabajo; no los rechazemos, tomemos el ejemplo de Timoteo, el cual tampoco rechazó los consejos del experimentado Pablo.

Asimismo no olvidemos que sobre los ancianos pesan responsabilidades que debemos respetar, ellos dirigen nuestras organizaciones, y un fracaso o desliz nuestro, caería indefectiblemente sobre ellos. Esta es la causa de la incompreensión entre la juventud llena de anhelos y la senilidad repleta de prejuicios; sepamos buscar unos y otros el punto medio, sepamos estudiar las doctrinas y la vida de nuestro joven Maestro y sigamos sus pisadas; procuremos adaptar sus doctrinas y enseñanzas al mundo moderno, ya que son magníficamente adaptables, por ser siempre nuevas y encerrar dentro de sí fuerzas vivificadoras; vivamos continuamente una vida de profunda experiencia religiosa, íntimamente unidos con Dios nuestro Padre celestial; alcemos nuestra mirada hacia el sepulcro abierto y vacío por el poder triunfante del Cristo vivo y sigámosle en su juventud gloriosa, en su ascensión a los cielos. Vivamos su Vida y sólo así podremos dirigir las almas de los demás y las nuestras mismas a la espiritualidad, y alcanzaremos éxito en las empresas que se hayan confiado a nuestra juventud valerosa y esforzada.

ALFREDO J. CAPÓ.

PROVERBIOS

XI

1. El Eterno odia una balanza falsa, pero se deleita en una pesa justa.
2. Cuando el orgullo viene... la Ver-güenza se va; a la persona modesta ense-ña buen sentido.
3. El que es derecho se mantiene de-recho por su propia honestidad; la perso-na deshonesto se arruina por su vicio.
4. En el Día de Furor Divino... rique-zas no valen nada; sólo Bondad salva de la Muerte al hombre.
5. La senda del hombre de mente rec-ta está al cuidado de la Bondad; pero al mal hombre su propia maldad le da la zancadilla.
6. La persona derecha no se cae, su bondad le apoya; pero la persona astuta es cogida en su propia trampa.

7. Cuando un buen hombre muere... su esperanza no se pierde; la vana espe-ranza de los malos no se encuentra.

8. El buen hombre sale airoso de sus dificultades... el mal hombre las hereda.

9. Una persona sin Dios arruina a su vecino, dándole mala fama; el buen hom-bre es cauto, y se escapa.

10. Cuando las buenas gentes prospe-ran, la ciudad se alegra; cuando las ma-las perecen... hay grandes fiestas.

11. La ciudad prospera por el éxito del hombre derecho, y se arruina por la di-plomacia de los truhanes.

12. El hombre que se mofa de su próji-mo, no tiene sentido; la persona prudente gobierna su lengua.

13. El codicioso vende secretos; el de confianza, los guarda.

14. Una nación se hunde por falta de hombres de Estado, y se salva por la bue-na calidad de sus consejeros.

15. El que garantiza a otro... sufrirá; el que odia dar prenda... está en lo cierto.

16. Una mujer encantadora gana res-peto; riqueza es la sola ganancia del bri-bón.

17. Una persona amable, a si misma se sostiene; mas la cruel a si misma se daña.

18. Lo que un mal hombre gana, no es realidad; pero Bondad produce rentas que no quiebran.

19. Enamorarse de Bondad produce Vida; resolverse a lo malo resulta en fata-lidad.

20. El Eterno aborrece a las personas de mente depravada; pero se deleita en una inmaculada vida.

21. No lo dudes: malas gentes tarde o temprano encuentran su castigo; pero a los buenos todo les va bien.

22. Un anillo de oro en el hocico de un cerdo... una mujer bonita, pero sin sen-tido.

23. Lo que las buenas gentes desean termina a favor de ellas; la esperanza del mal hombre termina en ira divina.

24. Uno es generoso... y se hace más rico; otro retiene lo que debe dar... y se hace más pobre.

25. El alma liberal hace fortuna; y al que da de beber... de beber le será dado.

26. Al que trigo acapara... el pueblo aborrece; pero al hombre que lo vende... le bendicen.

27. El que tiene buenos fines se gana la buena-voluntad divina; el que malos fines tiene... mal lo acaba.

28. El que confía en riquezas se deslu-cirá; pero el buen hombre florece como el follaje.

29. El que en su casa escatima termina con nada en mano; tal necio llegará a ser el esclavo de algún sabio.

30. La vida es como un árbol, que cre-ce en Generosidad; pero los hombres mueren por la codicia avarienta.

31. Si las buenas gentes son castigadas aquí, ¡cuánto más lo serán los malos y pe-cadores!

Por la traducción,
ÁNGEL BLANCO.

ESPAÑA EVANGÉLICA

SEMANARIO PROTESTANTE

Precios de suscripción.

España y Portugal: Un año.	8 pesetas.
Seis meses	4 »
Extranjero: Un año.	15 »
» Seis meses	8 »
América: Un año.	1,50 dólar oro.
» Seis meses	0,75 »

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.

Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero o 1.º de Julio.

Suscripciones por paquetes:

Paquetes de 10 a 50 ejemplares:

España. Por ejemplar al año	6 pesetas.
Extranjero	12 »
América	1 dólar oro.

Paquetes de 51 ejemplares en adelante:

España. Por ejemplar al año	5 pesetas.
---	------------

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID (4)

TELÉFONO 33.590

CRÓNICA

El matrimonio civil.

La ley aprobada por nuestras Cortes republicanas sobre el matrimonio y la obligación de contraerlo en los juzgados y ante la autoridad civil, ha desatado la pluma de no pocos periodistas y escritores reaccionarios que han calificado de atentado a la conciencia católica y contra los derechos de la Iglesia romana este acto de justicia.

Un obispo ha afirmado en una pastoral que el matrimonio civil es un torpe concubinato. Ésta no es, desde luego, ninguna novedad, lo hemos leído y escuchado en distintos tonos siempre disonantes. Pero venir con esto a estas alturas es ponerse de espaldas a la realidad, mirando a un estado de cosas que feneció por caducidad e ineficacia manifiesta.

No vamos a convencer a toda esa gama de periodistas y escritores de lo inoportuna, aun para su causa, del ambiente que están creando, ni al obispo de su error y falta de tacto en la labor pastoral que debe realizarse en los tiempos que corremos; tiempos de renovación. ¡Allá ellos! con su pan se lo coman.

Pero si vamos a escribir unas líneas que puedan ayudar a algunos a conocer el pensamiento teológico católico-romano sobre el matrimonio canónico. No lo hacemos para los eruditos, no somos tan pretenciosos, escribimos modestamente para aquellos que por sus circunstancias no han podido estudiar esta cuestión, ni aun ligeramente consultarla. Nos vamos a situar, en cierto modo, dentro de la ortodoxia romana, según las orientaciones de teólogos modernos. Tampoco vamos a citar a nadie; esto de las citas es bastante socorrido y a veces no responden

con veracidad. Todo lo confiamos a nuestra memoria y a nuestra pluma.

El matrimonio, dice la Iglesia romana, es de institución divina; el Eterno lo instituyó en el Paraíso al crear la primera pareja de seres humanos. En la nueva dispensación, Cristo lo santificó, elevándolo a la dignidad de Sacramento y la Iglesia le dió forma litúrgica. Conforme en su primera parte, negamos la dignidad de Sacramento a que la Iglesia alude. Cristo no hizo otra cosa que santificar el matrimonio con su presencia, obrando en él un «principio de señales», manifestando su gloria y confirmando la fe de sus discípulos en Él. Y nada más que esto, que es bastante dignidad. Es la misma Iglesia romana la que ha dado carácter sacramental al matrimonio, por la interpretación poco feliz de una frase del apóstol Pablo en su carta a los efesios, capítulo V, versículo 32, que traduce *sacramentum* en vez de *mysterium*. Teniendo presente que la frase «sacramento» no es bíblica, y que su sabor es pagano o simplemente de origen militar, para denominar el acto de fidelidad de los soldados romanos a sus ordenanzas y disciplinas.

Pero convengamos en reconocer a esa Iglesia el derecho de elevar a la dignidad de Sacramento lo que siempre se ha reconocido como un rito, para simbolizar una cosa como el rito matrimonial, para simbolizar la unión de dos corazones en santidad de vida. Para la validez y licitud de todo sacramento, hacen falta estos tres elementos esenciales: materia, forma y ministro. Convenido esto, veamos de relacionarnos con la unión conyugal.

La unión de dos personas, varón y hembra, es acordada entre sí. Para que esto tenga legalidad, el Estado le ha dado un carácter de pacto o contrato, que establece entre los contrayentes obligaciones de derechos y deberes místicos, que el mismo Estado garantiza por medio de leyes al efecto.

Es evidente que los pueblos primitivos consideraron el matrimonio como algo sagrado, y que se debía de rodear de ceremonias religiosas; no es necesario hacer hincapié sobre esto. Sin embargo, no es cierto, como afirma la Iglesia romana, que de estos actos estuviera ausente la autoridad civil, en todo lo relacionado con ellos. De una manera o de otra, la autoridad civil daba legalidad a lo pactado entre los contrayentes. No nos vamos a detener tampoco en esto, la vida en tribus, etc., hasta las organizaciones sociales de nuestros días, lo confirman bien claramente.

Volvamos al matrimonio canónico. Para solemnizar éste, hacen falta los tres requisitos sacramentales que hemos citado. Acerca de la forma, materia y ministro, no están del todo acordes los teólogos católicos, como no lo están en muchas otras cosas. No embargante lo admitido, comúnmente es esto: Forman la materia, la UNIÓN conyugal, por libre elección de

los cónyuges; la forma, el CONSENTIMIENTO de las partes contrayentes; el ministro, los CONTRAYENTES mismos. No es de necesidad la asistencia al templo, ni lugar de culto determinado. El párroco, u otro ministro clérigo por él autorizado, no es más que un testigo de calidad, que certifica la unión con su presencia y con un ritual solemniza el acto, dándole carácter eclesiástico. Esto es todo, sencillamente.

Se deduce, pues, que todo proyecto conyugal que se realice en estas condiciones y requisitos es verdadero matrimonio sacramental, con o sin cura. La pretensión de que ninguno de los casados están en aptitud de llenar sus santas obligaciones, si su matrimonio no ha sido sancionado por un cura, es aseveración que adolece de una flaqueza, es falsa. Muchos matrimonios celebrados en desdencias con esta pretensión, han dado, cuando menos, tan buenos resultados, frutos de justicia y rectitud en la vida de los cónyuges, como las parejas casadas por sacerdotes.

¿Por qué la Iglesia romana se opone al acto meramente civil, calificándolo de torpe concubinato? La respuesta es tan sencilla, que no lo puede ser más. No se resigna ésta a perder sus tradicionales pretendidos derechos, ni a dejar su influencia despótica sobre los hombres, en su mismo origen: el lecho conyugal, tantas veces mancillado por sus ministros. La primacía del Estado, es cosa que no tolera sino a regañadientes; su tolerancia, cuando no puede por menos, es hipócrita. Se le escapa una de sus mejores presas y la defiende con rabia.

Es una candidez, impulsada, sin duda, por la mejor voluntad, esperar que diga un obispo, ni imaginativamente, esto: «Hijos míos, y españoles todos, que en el nuevo estado de cosas vais a contraer matrimonio civil, prescindiendo de venir ante los altares; no caigáis en el error de pensar que la mera ausencia de una solemnidad ritual haga de vuestro enlace un contrato como la compra de una finca o el arrendamiento de servicios. La unión de un hombre con una mujer para constituir un hogar es algo más que esto, lo queráis o no. Aportad a vuestro enlace propósitos nobles, sentimentalidad alta, fidelidad y abnegación que sobrevivan, no sólo a las alegrías, sino a los dolores; religiosidad, en suma. Consideraos marido y mujer para todo lo que sea cumplimiento de deberes siempre sagrados. No penséis jamás que vuestra unión sea un concubinato, sino un verdadero matrimonio. Es solemne lo que habéis hecho, es sagrado. El peligro está en que a vosotros no os lo parezca, aunque estéis en contacto mismo con las realidades divinas de la vida. Matrimonio habéis contraído. Sed fieles el uno para el otro hasta la muerte».

Que así pueda hablar un obispo es pedir peras al olmo, o plumas al gato. No; las peras al peral, al gato las uñas.

MIRAPEIX

Zaragoza, Junio, 1932.

Información Evangélica.

ESPAÑA

Cultos de Comunión.

El Domingo próximo, a las once de la mañana, en la Iglesia del Salvador (Noviciado), y en la Iglesia del Redentor (Beneficencia), en Madrid.

El matrimonio civil.

Hemos publicado el trabajo que sobre este asunto nos ha remitido nuestro amigo *Mirapeix*; pero lo cierto es que la ley del Matrimonio civil aún no está en vigor. Tenemos entendido que se ha aprobado ya en las Cortes; pero todavía no ha aparecido en la *Gaceta*. ¿Por qué el Gobierno no la pone en vigor? Francamente, ni lo sabemos, ni nos lo explicamos. ¡Misterios de la política!

Seminario Evangélico Unido

El jueves, día 23 de Junio, se celebró, con la sencillez acostumbrada, el acto de clausura de curso en el Seminario Evangélico Unido.

Dió principio con la lectura, hecha por D. Fernando Cabrera, del capítulo IV de la 1.^a Epístola a Timoteo. El director, don Jorge Fliedner, pronunció a continuación un discurso muy ameno e interesante. Mostró claramente a los alumnos su deber de seguir estudiando, haciéndolo además con arreglo a un plan. Recomendó el estudio constante del Hebreo, el Griego y el Latín, y adujo el ejemplo de los reformadores. Es preciso, además — dijo —, renovar nuestros conocimientos. Citó el ejemplo de un discurso muy poderoso pronunciado en cierta ocasión por un pastor alemán. Ese discurso fué improvisado, pero detrás de aquella improvisación había muchos años de estudio constante y profundo. Recordando el consejo del Apóstol «ejercítate para la piedad», hizo ver el grave defecto de los ejercicios espirituales, de Loyola, que se limitan a un tiempo determinado, cuando toda la vida debe ser un ejercicio constante. No podemos mencionar todos los puntos que tocó en su discurso, repleto de enseñanza, el Sr. Fliedner, porque ocuparíamos mucho espacio de nuestro semanario. Terminó ofreciendo la simpatía y ayuda de los profesores para los alumnos que finalizaban sus estudios este año. Estaremos dispuestos a daros nuestro consejo en cualquier ocasión en que lo solicitéis; pero — añadió — acordaos de que siempre tenéis a vuestro lado al Señor Jesús, que es Rey, Profeta y Sacerdote.

Terminado el discurso fueron leídas por el secretario, D. Elías Araujo, las calificaciones obtenidas por los alumnos, que fueron en conjunto muy satisfactorias. Un

certificado de estas calificaciones fué entregado a cada alumno y, además, el diploma final a los alumnos D. Antonio Pinto Ribeiro, D. Ernesto Araujo y D. Ramón Ruiz, que han cursado con mucho aprovechamiento todos los estudios de nuestro Seminario.

Tuvimos el placer de ser acompañados en este acto por el Rdo. Guillermo Rainey, secretario de la Sociedad Bíblica quien, invitado por el Sr. Fliedner, cerró el acto con una ferviente oración. Después pasamos unas horas muy agradables en la casa de los Sres. Fliedner, siendo amablemente obsequiados con un espléndido café por la señora de D. Jorge. E. A.

Asamblea de las Juventudes evangélicas de Barcelona.

Un anhelo común ha decidido, a la Juventud evangélica de Barcelona, a reunirse en magna asamblea, que tuvo lugar el sábado, 18, en el salón de actos de la Unión Cristiana de Jóvenes. Dicha asamblea fué convocada por los jóvenes pertenecientes a la Misión metodista, y la idea, que desde el pasado año estaba ya en la mente de muchos, obtuvo excelente eco entre la juventud de las demás Congregaciones, ya que todos sienten la necesidad de que es preciso avivar el fuego de la propaganda evangélica y dar a conocer nuestras doctrinas a todo el mundo. La Juventud evangélica de Barcelona se resiste a ser mero espectador de las propagandas que en todos los sentidos se están llevando a cabo, y aspira a que en el cam-

po evangélico se haga una propaganda múltiple y eficaz.

Representantes de las Juventudes de todas las Congregaciones y casi todos los pastores, tuvieron ocasión de cambiar ampliamente sus impresiones acerca del movimiento que los jóvenes consideran imprescindible necesario. Bajo la presidencia de D. Pedro Jiménez, que como presidente de la Unión Cristiana de Jóvenes ofreció el local, abrióse la asamblea, cuya dirección estuvo a cargo de D. Manuel Gutiérrez Marín. Base de la reunión fué el discurso leído por el joven D. L. de Vargas, quien, al mismo tiempo, presentó el amplio programa que los jóvenes podrían llevar a la práctica. Tres puntos subrayó el Sr. Vargas en su programa: *Hacer propaganda evangélica. Estrechar los lazos de unión entre las distintas Congregaciones. Trabajar por elevar el nivel moral, cultural y espiritual de la juventud evangélica.* Los demás puntos del programa tendían a detallar los medios para conseguir los fines propuestos. En torno a dicho programa se desarrolló la discusión, haciéndose patente el entusiasmo que reina entre los jóvenes. Fueron muchos los que hablaron, con gran acierto, y muy laboriosas las discusiones sobre algunos puntos. Pero, por encima de todo, hizose notar el espíritu de trabajo que anima a los jóvenes y la firme voluntad que los empuja.

Cada núcleo de jóvenes nombró un representante, quedando así formada una Comisión encargada de movilizar inmediatamente a la juventud. ¡Ojalá podamos ver pronto el fruto de esta labor, que ha comenzado bajo tan agradables auspicios!

Alianza Evangélica Española.

Temas de oración para Julio.

ACCIÓN DE GRACIAS:

Por el feliz término del curso escolar, de un modo especial en el Seminario Evangélico Unido.

Por las abundantes cosechas recogidas en los campos.

Por las nuevas almas venidas al conocimiento del Salvador.

SÚPLICAS:

Por la mayor unión posible entre las Iglesias evangélicas de España.

Por una labor eficaz en los campos misioneros de verano.

Por las autoridades y las Cortes Constituyentes.

Por el feliz resultado de todos los trabajos que se realizan en favor de la paz mundial.

En Santa Cruz de Mudela.

Una conferencia rápidamente preparada, un alcalde modelo y un éxito franco.

Aunque parezca mentira, el sábado, día 18, a las cinco de la tarde, no sabíamos, ni podíamos concebir que al otro día habíamos de celebrar una hermosa conferencia. Inopinadamente nos vimos visitados por cuatro hermanos, de diferentes puntos, que venían a celebrar la reunión del Domingo.

Alguien propuso celebrar, al otro día, una conferencia.

Para la cesión de los salones de la Sociedad Benéfica — que fué donde se celebró el acto — era preciso pedir permiso con veinticuatro horas de anticipación, como igual a las autoridades. Pero era sumo el interés que había entre estos hermanos de celebrar un acto de despertamiento entre las masas. Total: que era preciso mucho tiempo y no se disponía nada más que de algunas horas. El resultado fué que en una hora! se adelantaron veinticuatro. En un momento todo se puso a

Ayuntamiento de Madrid

nuestra disposición: local, permiso, imprenta y hasta el pregonero, que se desgañitaba anunciando la conferencia.

Pero lo que más interés tuvo fué la conducta observada por el alcalde de este pueblo.

Se fué a su casa a pedirle permiso y él, no solamente nos lo concedió, sino que dijo: «Es preciso que vengan ustedes a despertar al pueblo; hombres como ustedes hacen falta, ¡adelante! y ¡firmes!». Anteriormente él, en sus discursos, defendió elocuentemente la doctrina de Cristo y fué, para nosotros, un verdadero amigo y defensor.

Hombres como éste hacen falta, si queremos que España goce de una verdadera libertad.

Desde las columnas de ESPAÑA EVANGÉLICA reiteramos nuestro agradecimiento hacia D. Manuel Gómez, dándole las gracias por el bien que nos hace.

A las diez, del día 19, se dió la conferencia; hubo un público numerosísimo, que escuchó atentamente a los oradores, que fueron: D. Félix Vacas y los jóvenes B. García y R. Fernández y D. José Laguna. El público aplaudió mucho a todos los oradores. El tema que desarrollaron fué «El Evangelio y los errores de Roma».

Conferencias bíblicas de verano en Arenas de San Pedro

(21 a 28 de Agosto.)

Ya ha aparecido en la Prensa evangélica el aviso preliminar anunciando las *Conferencias Bíblicas de verano*, que se vieron coronadas de buen éxito el año antepasado. He aquí unas consideraciones y bases que servirán para orientar a los creyentes que piensen pasar con nosotros esa semana de refrigerio físico y espiritual en la espléndida sierra de Gredos, siendo estas consideraciones fruto de las experiencias adquiridas por los organizadores al llevar a cabo su cometido el año 1930, y maduras al calor de prolongadas deliberaciones.

Aspecto espiritual. — El Comité de organización propone, sobre todo, procurar la realización del fin principal de las conferencias, que consiste en robustecer la vida espiritual de los convencionistas mediante enseñanzas bíblicas, acompañadas por exhortaciones apropiadas. Habrá sesión todas las mañanas en la capilla evangélica a una hora conveniente, y se espera la asistencia de todos, a no obedecer a causas legítimas su ausencia. Don Federico Gray, de Valladolid, ha tenido la amabilidad de acceder a los ruegos del Comité y se encarga de una de las series de conferencias, estando la otra a cargo de nuestro querido compañero D. Miguel Aguilera, por el requerimiento especial e insistente de los otros organizadores. Habrá también reuniones por la noche, de carácter general, tomando parte varios oradores.

Aspecto económico. — El Comité está convencido de la necesidad de rebajar

hasta el mínimo los gastos de las conferencias, pues si tuviera que elevar el precio de los hospedajes tendría que excluir a creyentes de medios modestos, a quienes, en especial, quisiera recibir. Se ha fijado un precio de *pesetas 3,50* por día o *pesetas 30* por el periodo completo (desde la tarde del sábado 21 de Agosto hasta la mañana del lunes día 30). Todos comprenderán que así no hacemos más que cubrir los gastos de una alimentación sencilla, pero sana, y no dudamos de que los convencionistas acudan, compenetrados también con el espíritu que nos anima, un espíritu que quisiera *aportar y colaborar*, y no *exigir* comodidades y condiciones imposibles a nuestro humilde esfuerzo.

Los convencionistas que puedan presupear algo más para su veraneo de lo que supone nuestro reducidísimo precio, adaptado a las exiguas posibilidades de muchos, nos harían un favor en buscar cama en los hoteles y pensiones del pueblo, uniéndose a los demás para las reuniones, comidas y recreo. Los demás deben venir preparados para las condiciones de mayor sencillez, condiciones de campamento, trayendo cada uno un par de sábanas para cama camera (¡con una manta, si es friolero!).

Organización. — Como quiera que la convivencia armoniosa y feliz de una compañía de seres humanos se hace imposible sin cierto grado de organización y disciplina, aunque sea por corto tiempo, los convencionistas se formarán en grupos de seis, indicándose un oficial en cada grupo, quien será responsable del buen comportamiento de su grupo y del arreglo del dormitorio. Cada grupo prestará ayuda en turno, por un día, con los arreglos de merienda, comidas, etc., evitando así los gastos de servidumbre, que no deben hacer falta.

La invitación. — Extendemos la más cordial invitación a todos los miembros y congregantes de las varias congregaciones evangélicas (menos Adventistas y Russelistas); pero nos reservamos el derecho de declarar completo el cupo en caso de recibir más aplicaciones que permitan los medios de los cuales disponemos.

¡Aprovechaos de esta inmejorable ocasión para recibir bien espiritual, disfrutando a la vez de un delicioso veraneo en comunión con vuestros hermanos!

Un ruego. — Para facilitar los preparativos, que en todo caso han de ser laboriosos, suplicamos que nuestros amigos nos avisen lo más pronto posible de sus intenciones, abonando anticipadamente el importe del periodo que piensen estar. Quisiéramos tener la lista completa a fines de Julio. Diríjanse al secretario, don Ernesto Trenchard, Arenas de San Pedro (Ávila) o, alternativamente, en Madrid y distrito a los señores depositarios D. Juan Bravo y D. José Saguar, Iglesia evangélica, Trafalgar, 34; en Valdepeñas y distrito a D. Miguel Aguilera, calle Reforma; en Valladolid y distrito, a D. Federico Gray,

calle José María Lacort, 24. Aquellos que quisieran hacer entregas parciales del importe desde ahora hasta la fecha de las conferencias, deben comunicar con los señores depositarios arriba indicados. Por el Comité de organización, *Ernesto Trenchard*.

P. D. — Durante el día, los convencionistas que así lo deseen podrán tener sus meriendas al aire libre, disfrutando de los hermosos parajes arenenses, lugares que, por sus encantos naturales, invitan a rendirnos en alabanzas al Creador de tantas maravillas, y además, los que gusten refrescarse, podrán hacerlo en las magníficas presas del río, teniendo para ello que venir provistos de trajes reglamentarios. *La Comisión.*

Notas breves.

Iglesia del Redentor, (Beneficencia), Madrid. — El Domingo pasado, recibió las aguas del bautismo, el niño Antonio Juan Pedro, hijo de D. Antonio Campos y de D.^a Rosa Martín, miembros de esta Iglesia, siendo apadrinados por D. Luis y D.^a Victoria Román. Nuestra sincera enhorabuena.

Iglesia Evangélica del Clot, Barcelona. — El miércoles, día 15 del corriente, pasó a mejor vida, nuestra querida hermana, D.^a Assunta Regini, la cual llevó su enfermedad con verdadera resignación cristiana. Al culto fúnebre asistió numerosa concurrencia de sus amistades, tomando parte en el mismo, los pastores D. Samuel Saunders y D. José Capó. Reciban su esposo D. Lorenzo Paoli, los esposos D. Juan Inglada y D.^a Ángela Paoli y demás familia, nuestro más sentido pésame. Es un consuelo saber que son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor.

Nuestra Estafeta.

P. P., La Carolina. — Recibido su giro. Gracias.

J. C., Rubí. — Enviados los índices que pedía.

A. A., Sabadell. — Los tomos de ESPAÑA EVANGÉLICA, encuadernados, se venden, como último precio, sin descuento, a 12 pesetas cada tomo de un año.

J. F. R., Castellar de Santisteban. — No disponemos de esas hojas de predicación, a que usted se refiere. Enviaremos gustosamente durante un mes el periódico a las direcciones que usted indica, pero las necesitamos escritas con toda claridad, para evitar envíos inútiles. Esta oferta sólo es valedera para España, Portugal y América, pero no para el resto del Extranjero, a causa de lo elevado de las tarifas postales.

E. W., Muñón. — Su pregunta queda contestada en este mismo número.

M. M., Alasio. — Como diccionario español-inglés, le recomendamos el de Arturo Cuyás, y como diccionario español solamente, puede solicitar el «diccionario manual e ilustrado de la Lengua Española», publicado por la Academia Española. Creemos que el precio de cualquiera de estos dos diccionarios es de 25 pesetas.

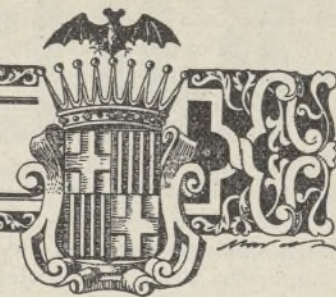


Si le interesa la lectura de este periódico, envíe **CUATRO PESETAS** a la Administración, Beneficencia, 18, Madrid, y se lo serviremos hasta fin del año actual.



MEMORIAS DE UN PROTESTANTE

POR
ANTONIO VALLESPINOSA



(Continuación.)

El número de familias inscriptas en los libros de mi Congregación era de unas doscientas que, con sus hijos, probablemente llegarían a unas novecientas personas. Al dejar la Congregación, para volverme a Inglaterra, me ocupaba en clasificarlas por edades, sexos y oficios.

Entre los convertidos, que Dios había añadido a mi Congregación, y que después se distinguieron por la propaganda en favor de nuestra causa, figuraban los siguientes:

Don Antonio Sánchez, valenciano, literato, que predicaba todos los jueves en nuestras reuniones, y que después fué coadjutor del ministro protestante de Zaragoza y aceptado para ministro en una de las Congregaciones de Madrid. Abrazó el Evangelio con su señora y un hijo, un joven de unos veinte años. Su hijo mayor, que estudiaba medicina en la Universidad Central, abrazó también nuestra fe. Su hija, de unos seis años, se educó en las escuelas y religión protestante. Ésta era toda su familia.

Don José Boix, profesor de Instrucción primaria y de profundos conocimientos en lo concerniente a su profesión, asistía todos los Domingos, mañana y tarde, a nuestros servicios religiosos, acompañado de su hija, de unos dieciocho años. Dicho caballero era de sesenta años. Su recogimiento y su atención eran recomendables; pero, por su traje y su carácter taciturno, siempre creí que era un romanista acérrimo, que venía con el objeto de enterarse de todo lo que sucedía en nuestra capilla. Mas, como el culto era libre, debía admitirle, como a cualquiera otra persona. A los pocos meses, enterado de que yo estaba provisto de maestro de escuela, fué a verse con el ministro protestante, Sr. Empaytaz, a quien le comunicó la idea que tenía de poner su establecimiento de enseñanza bajo la protección de un ministro de nuestra religión y enseñar las doctrinas del Santo Evangelio. Empaytaz lo recomendó a Mr. Lawrence, que tenía medios de protegerle y, efectivamente, lo protegió. Su colegio era para señoritas, y estaba situado en un piso segundo de la calle de Serra y estaba montado como uno de los primeros de su clase. Sus discípulas y pensionistas eran unas cuarenta y pertenecían a la clase alta de la sociedad. Cuando los padres de las señoritas vieron que se les quitaban los libros romanistas y los cambiaron por otros evangélicos, vinieron en conocimiento de la metamorfosis que se había obra-

do en aquel colegio, comenzaron a quitar sus hijas y a enviarlas a otro establecimiento. El cura de su parroquia, que lo era el de la Merced, se presentó en su casa, con el objeto de volverle a su redil, pero inútilmente. El Sr. Boix quitó su escuela y, ayudado por el Sr. Lawrence y por mí, abrió otra escuela en Gracia, de la cual hablaré más adelante, donde colocó a su hija. Pasado algún tiempo y después de haber estudiado y examinado bien nuestras doctrinas, se unieron a nuestra religión su esposa y su hijo, también maestro de Instrucción primaria. Recuerdo que en una reunión que tuvimos, en Gracia, Mr. Armstrong, misionero inglés en Madrid, comparó al Sr. Boix, que usaba luenga y blanca barba, al viejo y piadoso Simeón, que tuvo en sus brazos al Niño Jesús.

El Sr. Serra, viudo, de unos setenta años de edad, y solo en este mundo, como él decía, abrazó el Santo Evangelio, en el que halló el consuelo que buscaba. Como vivía de una pequeña renta, que le daba bastante para vivir medianamente, estaba libre de ocupaciones, y se dedicaba a visitar a sus amigos y conocidos, regalándoles Tratados religiosos y explicándoles al mismo tiempo la diferencia entre la religión evangélica y la romana. Por cierto que logró llevar muchos a nuestra capilla. El Sr. Serra era de bastante educación, y había tenido un hermano en un convento de frailes, que por su vida religiosa y extraordinarias virtudes, al morir, fué considerado santo, tratándose de dar los pasos necesarios para su beatificación. El señor Serra deploró, en gran manera, la ignorancia de la verdad en que vivió su hermano, y si viviera, habría hecho todo lo posible para traerle a la verdadera religión.

Como Serra era ya de edad avanzada, pudo contarme muchas cosas que ocurrieron en Barcelona a principios del siglo, cuando el clero estaba en todo su auge. Según me dijo, en aquel tiempo ningún obrero podía dejar su taller sin que antes hubiera pasado el rosario. Y la audacia del clero era tan grande, que obligaba a los fabricantes a que, después de concluidas las horas de trabajo, retuvieran los muchachos y muchachas de sus establecimientos, los colocaran en dos filas, para salir a la calle cantando la Letanía, y desfilando cada uno a su casa, a medida que iban pasando por enfrente de ella. Hallábanse, entonces, todas las fábricas en los barrios de San Pedro, que estaban en la parte vieja de la ciudad. La parte nueva,

que comprendía todas las otras calles de la Rambla, hasta la puerta de San Antonio, no tenía ninguna fábrica, hasta 1830, en que comenzaron a edificarse las de vapor. Había visitado los interiores de la Inquisición, cuando joven, con su padre que conocía al inquisidor mayor, como también presenciado sus quemas. Hallábase en palacio, cuando fué testigo del asesinato y arrastre, por las calles, del general Bassa, por los años de 1836. También atestiguó los asesinatos de los presos carlistas que, en represalias de los cometidos contra los liberales, tuvieron lugar en las Atarazanas, de Barcelona, durante la guerra civil del pretendiente Carlos V. Estos últimos asesinatos, como el de Bassa, segundo cabo de la Capitanía general de Barcelona, fueron cometidos por el pueblo, debiéndose estos actos de barbarie a la poca energía de las autoridades, que parecían contemporizar con la revolución.

El Sr. Serra había sido amigo particular de D. Tomás Bertrán Soler, autor del manuscrito titulado *Historia del Protestantismo*, de que hemos hablado en otro lugar de estas *Memorias*. Según me dijo, era hombre de mucho talento, y estaba bien enterado de los errores del romanismo, llamándome mucho la atención el que hubiera dicho que la virgen de Montserrat, que se adora en el célebre Monasterio, no es la original, que pretende haberse hallado por un pastor, sino otra diferente. La primera imagen, según dijo, estaba sentada en una silla y era de mármol blanco, y la segunda, como todo el mundo sabe, es negra, aunque le llaman la morena. No sé de dónde habría sacado estas cosas aquel buen señor, pero parecen más verosímiles que las que hoy se dicen, pues en Europa es natural que la virgen sea blanca, y en África, negra, para que así se muestre que cada milagrosa imagen es obra de sus respectivos países. El mencionado jurisconsulto era soltero, y habiendo tenido que emigrar por sus opiniones políticas y religiosas, después de la caída de Espartero, el año 1856, no se ha sabido más de él, creyéndose que haya muerto en país extranjero.

El Sr. Obispo, botánico, natural de las Islas Filipinas, y conocido por el doctor chino, a causa de su tipo y rostro cobrizo, fué uno de los que también abrazaron nuestra religión. Con sus exhortaciones atrajo a la familia donde se alojaba, la que últimamente también se adhirió a nuestra fe. Este filipino era de mucha reputación, y ejercía su facultad, no sólo en Barcelona, sino en otros puntos de Cata-

luña. En la casa de huéspedes francesa, donde posé a los pocos días de mi llegada a Barcelona, hallé un teniente coronel de Infantería, que le había conocido en Manila y en La Habana, y después le acababa de saludar en la capital de Cataluña. En aquellas dos ciudades tuvo que luchar mucho contra los médicos españoles, que querían a todo trance que él no ejerciera su cargo. Mas siempre fué protegido por los gobernadores generales de aquellas islas. Y en La Habana, el general Concha le hizo médico de su familia.

Un ciego, llamado García, natural de Logroño, y que ganaba el sustento para sí y su familia, tocando maravillosamente la flauta y la guitarra, a la vez, abrazó nuestra religión. Uno de sus hijos le acompañaba siempre por las calles. Su habilidad en ejecutar piezas de música hizo que fuera escuchado y socorrido por sus oyentes. Luego que hubo abrazado nuestra religión, cantó canciones improvisadas, en favor de los protestantes, con lo cual las limosnas disminuyeron. Pero él, contento y satisfecho de su religión, no quiso dejar de hablar la verdad que había abrazado. Poco después abrazaron nuestra religión su esposa y tres hijos, que constituían su familia. En vista de lo acontecido, Mr. Lawrence le puso de colportor en Barcelona. Se hizo, para él, un elegante carrito, con un escaparate, conteniendo Biblias, Testamentos y otros libros religiosos, y tirado por un muchacho daba la vuelta a la Rambla, donde se le podía encontrar todos los días y a ciertas horas vendiendo los libros. Está por demás decir que continuamente tuvo que sostener discusiones con los intransigentes romanistas; pero él, siempre firme, continuaba en la propaganda de nuestra causa.

El mencionado Mr. Lawrence le regaló una Biblia para ciegos, y sentado en un paraje público, allí leía horas y horas en alta voz.

(Continuará.)

ESCUDRIÑANDO LAS ESCRITURAS

«FEBE, NUESTRA HERMANA»

CUANDO escribimos una carta a un amigo, al que nos proponemos visitar pronto, solemos enviar saludos y recuerdos para amigos conocidos de ambos, que viven en el mismo lugar que nuestro amigo. Todos habrán notado que en la mayor parte de las cartas escritas por el apóstol Pablo, éste envía saludos para los cristianos que conocía y que vivían entre aquéllos a los cuales escribía. Una larga lista de nombres encontramos en el último capítulo de la Epístola a los romanos. Es una lista muy interesante. En ella leemos: «Saludad a Andrónico y a Junia, mis parientes y mis compañeros en la cautividad; los cuales fueron antes de mí en Cristo». (v. 7.) Vemos, por esto, que dos de sus parientes se habían con-

vertido antes que él, y habían estado presos con él. También es mencionado aquí otro pariente, llamado Herodion. (v. 11.)

Varias mujeres, que el Apóstol conocía en Roma, son también mencionadas en esta lista, entre ellas, Priscila, María, Trifena, Trifosa, Pérsida, la madre de Rufo, Julia y la hermana de Nereo. Pero, antes de enviar saludos a sus amigos en Roma, Pablo menciona a una dama, llamada Febe, que trabajaba en la obra del Señor, en Cencreas, puerto de Corinto. Parece que ella iba a marchar a Roma, y el Apóstol pide a sus hermanos en Cristo, en aquella ciudad, que la reciban en el Señor y la ayuden en cualquier cosa en que los necesitara. Fácilmente podemos imaginarnos con cuanto placer los hermanos, en Roma, atenderían sus deseos, y cómo mostrarían toda la bondad posible a la que iba recomendada a su cuidado.

En Romanos, XVI, 1 y 2, esta piadosa mujer es presentada como «Febe, nuestra hermana, la cual es diaconisa de la Iglesia que está en Cencreas... ella ha ayudado a muchos y a mí mismo». Tres hermosos títulos se dan aquí a esta mujer: hermana, diaconisa y ayudadora.

I. *Hermana*. — Todo el pueblo de Dios son «hijos e hijas del Dios Altísimo». Son miembros de su familia. Son «hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús» (Gal., III, 26), y Febe se contaba entre ellos. Ella había sido convencida por el Espíritu Santo de su condición pecadora, y había sido llevada a poner su confianza, para la salvación de su alma, en la sangre y justicia del Señor Jesucristo; demostrando así que ella había nacido de nuevo, que había nacido en la familia de Dios. Ella sabía que su Padre celestial velaba por ella, guardándola y guiándola, día tras día, hasta que al fin la llevaría a su reino celestial. En esta misma Epístola, el Apóstol había escrito: «A los que Él justificó», a éstos también glorificó». ¡Qué inefable merced es el que sepamos que somos hijos de Dios!

II. *Diaconisa*. — Habiendo sido comprada, por precio, Febe se dió cuenta, sin dificultad, de que ella había sido salva para servir, y que la puerta abierta para ella era servir a los cristianos de Cencreas. El Señor Jesús dijo a sus discípulos: «Yo estoy entre vosotros como el que sirve», y Pablo enseña a todos los creyentes que son siervos del Señor Jesucristo. Nosotros podemos servirle en los deberes más sencillos, haciendo nuestro trabajo, cualquiera que sea, «como al Señor».

III. *Ayudadora*. — Febe habría sido una sierva de la Iglesia, aunque no se le hubiera aplicado este título (ayudadora). Ella había sido muy querida por los cristianos de Cencreas, por su bondadosa ayuda, dada generosamente donde fuere necesaria. ¡Qué privilegio fué para ella el haber podido ayudar al mismo Apóstol! Pensemos de Febe como hermana, sierva y ayudadora y procuremos, por la gracia de Dios, ser útiles a cuantos nos rodean.

E. A. H.

Escuela Dominical.

La vocación de Moisés.

10 de Julio.

Éxodo III, 10-15.
IV, 10-12.

TEXTO ÁUREO: Ve, porque yo seré contigo. — Éxodo 4-12.

1) **Propósito.** Ver que Dios tiene un propósito y un lugar para cada uno de sus hijos.

2) **Introducción.** Breve repaso de la lección anterior, mencionando el maestro lacónicamente los acontecimientos sucedidos entre la lección pasada y la presente: identificación de Moisés con el pueblo oprimido; huida a Madián; pastor de ovejas, etc.

3) **La Lección.** Nótese cuán claramente el llamamiento le vino a Moisés: vió la zarza ardiendo y oyó su nombre. Sáquese a luz que Dios conoce a su pueblo: «He visto... he oído... yo conozco... he descendido para librarlos». Recuérdese cuán bien se había preparado Moisés. Ahora Dios le llama para desempeñar la gran obra para la cual se había providencialmente preparado. Menciónense otros personajes que habían sido comisionados por Dios para cierta obra definitiva: José, David, Gedeón, Jonás y otros. La espada, el reloj, la aguja, todos han sido hechos para determinado trabajo. Así los hombres, etc.

4) **Ilustraciones.** Relatos de hechos y vidas heroicas, tales como la conquista de trescientos valientes; la onda que dió muerte a un gigante; la historia de David Livingstone, Carey, Juan Paton, etc.

5) **Verdad céntrica.** El Señor depende ahora de los hombres para hacer su trabajo en este mundo como antes, digamos pues con Isaías: «Heme aquí, envíame a mí».

Ilustración.

Livingstone contestando el llamamiento. Si fuera artista pintaría en el cuadro de la historia británica a principios del siglo XIX a dos personajes: Roberto Moffat frente a David Livingstone; esos dos personajes nada más. Livingstone listo, esperando las órdenes para partir a China; y Moffat recién llegado de África buscando ayuda para la redención del continente oscuro. La historia no nos dice qué ocurrió ese día; tan sólo dice las palabras que Moffat inspirado por Dios, dijo en aquella memorable fecha. ¿Cuáles fueron esas palabras? Dijo: «He visto en la mañana el humo de mil pueblos que no han oído jamás el nombre de Jesús». Eso bastó. Era el llamamiento de otra Macedonia a un Pablo del siglo XIX. En esa frase vió Livingstone revelada su oportunidad. Desde ese momento la obra de su vida fué llevar el evangelio a los «mil pueblos».

¿Quiere usted buscarnos un nuevo suscriptor para este periódico?